

# "Champagne" Triste



Intermedio  
sentimental

Escrito expresamente para la revista "Rentería"

**D**OMINGO y sol. Estaba cansado, aburrido de la ciudad, y he ido a pasar el día en Rentería. He entrado en «Panier Fleuri», para almorzar. Allí me he encontrado con mi amigo Anatolio, el poeta, que apoyaba sus codos brillantes en una mesita, junto a los ventanales que dan al río, mirando a la bandeja de las aceitunas y los langostinos con una cómica mirada sentimental de sus gafas de concha.

—¡Fritz! ¡Tocayísimo!...

Ya que no de nombre, Anatolio y yo somos tocayos de temperamento y hasta de aspecto físico. Cuando nos hallamos frente a frente, parece que nuestros rostros y nuestras almas se miran, estupefactos, en un espejo invisible. Hemos abierto una botella de Clicquot para celebrar el encuentro.

—Yo—me dice entonces Anatolio—que no soy un aficionado a los placeres de la mesa, aunque creo en la inetable síntesis de filosofías que hay en el muslo jugoso de una palurda, como creo en la sutil y sorprendente comprensión de la verdad que hay en el fondo de un «flacon» de buen «borgoña», siento una honda predilección por este luminoso restaurant «Panier Fleuri», claro y blanco como una novia, entre el verde macizo de las frondas y el gris plomo de las fábricas que lo rodean y lo aprisionan, asustado, junto al río. Sí. Me encanta este alegre restaurant nupcial, y me enamora su título—«Panier Fleuri»—demodado, romántico y folletínero, que parece el título de una vieja hostelería del siglo diecisiete, en Amboise o en Tours, parador de trajinantes, de mosqueteros y de bellas tapadas...

Anatolio aspira un sorbito de champaña. Y, luego, dice.

—Mi predilección por este restaurant tiene un motivo. Puedo contártelo a tí, querido Fritz, que eres mi hermano comprensivo y discreto. Además, es la hora de las confidencias y este vino de Francia me ha puesto un poco triste. Verás. Yo conocí en este restaurant a una mujer. Hace de esto unos diez años. Era en el mes de Mayo—«c'était au mois de Mai», que canta la balada—y se celebraba aquí una boda. Tuve ocasión de conversar un rato con aquella mujer. Una criatura exquisita, espiritual, ultrasensible, de un encanto singular y de una rara vitalidad de alma bajo su aspecto banal. Se llamaba Amada, y ella también iba a casarse después de algunos meses;

en el otoño próximo. Yo, que no me había enamorado nunca, yo, que tenía una fría visión barojiana y científica del amor, yo, que me creía un espíritu fuerte... me sentí aquél día dominado como un niño.

Nos quedamos solos. Salimos a pasear por una senda, entre maizales. En la tarde cantora, santificada de paz y de silencio, el campo, que olía a heno y a flores silvestres, palpitaba en un ardoroso estremecimiento germinal. Ibamos caminando, mudos, emocionados, trémulos, bajo un arco triunfal de mariposas. De pronto, ella se apoderó de mis labios y puso en ellos un beso largo y apasionado, absorbente, de vampiro.

Y luego, nada. ¿Es bufo, verdad? Bueno, pues nada. Tuvimos miedo. Miedo a la vida, al ambiente, a todo.

—No. No puede ser—la dije.—No debe ser. He llegado demasiado tarde, Amada.

Y nos separamos.

No hemos vuelto a hablarnos nunca.



Vista de Rentería. Foto Figuski

Por eso vengo, de cuando en cuando, a pasar unas horas en este restaurant. Vengo a evocar, ante una botella, el recuerdo de aquél día inolvidable: a evocar el mustio y doloroso fracaso de mi vida. ¿Triste epílogo, verdad?, de mi pobre novela sentimental!...

En la mazmorra olvidada de mi alma, hay dos príncipes cautivos. Son rivales entre sí, y se llaman, el uno Excepticismo y el otro Idealismo. A veces, el príncipe

Excéptico, riéndose a carcajadas, me dice que aquella mujer no quiso más que burlarse de mí, en un capricho de mujer coqueta y sabia. Pero el príncipe Idealista le interrumpe para decirme, al oído, que aquella mujer fué sincera y que me amó profundamente, con toda la loca desesperación de su amor imposible.

¿Cuál de los dos príncipes me dice la verdad? No lo sé. Solo sé que cuando ella pasa por la calle, ahora, del brazo de su esposo, al lado de sus hijos, y nos cruzamos en la acera, ella vuelve la cabeza y yo me descubro ceremoniosamente, como si pasara un muerto...

Y Anatolio se queda mirando al fondo de la copa de champaña, con un lánguido gesto de nostalgia que me hace sonreír.

D'AVIGNY

San Sebastián, junio.